



ENCRUCIJADAS DE GRACIA
EN LA IGLESIA Y EN LA VIDA CONSAGRADA

Madrid, 11 de octubre de 2022

Gonzalo Fernández Sanz, CMF

Introducción: ¿Enterradores o parteros?

Agradezco mucho la invitación a compartir con vosotras algunas reflexiones en el marco de este encuentro de superiores provinciales. Nuestro discernimiento acerca de lo que estamos viviendo es más fino cuando lo situamos en el contexto de la vida de la Iglesia y de la vida consagrada.

Si comparamos el presente de muchos institutos de vida religiosa tradicionales con su pasado es muy probable que surjan en nosotros sentimientos de desánimo. Es verdad que el reloj de la vida consagrada marca “horas” diferentes en las diversas regiones del mundo, pero eso no nos libra de la tentación de mirar obsesivamente la hora del atardecer que señala el reloj europeo. Por eso, para algunos consagrados lo más sensato de este tiempo es prepararse para una despedida suave y un digno entierro. A los superiores del momento presente les toca solo gestionar esta muerte lenta.

Además de los muchos religiosos ancianos que fallecen, cada año se van de los diversos institutos de derecho pontificio dependientes del Dicasterio para los Institutos de Vida Consagrada y Sociedades de Vida Apostólica una media de 2.215 personas consagradas, entre las que no se incluyen las que están en el período de los votos temporales. ¿Qué significa todo esto?

Parece que la invitación del Concilio Vaticano II a la “adecuada renovación” (*Perfecte caritatis*, 2) de la vida consagrada no ha dado a primera vista los frutos esperados. Las sucesivas modas “re” (re-forma, re-vitalización, re-fundación, re-organización, re-estructuración, re-significación, etc.) no han conseguido tampoco dar el impulso soñado, saldar la brecha con el mundo y atraer nuevas vocaciones. Esto es lo que hay. Abundan los estudios descriptivos. Más que rebelarnos contra una situación sobrevenida (o, en parte, provocada por nosotros), lo mejor es aceptarla con serenidad y vivirla con madurez. Reconozco que este es el punto de vista de muchos consagrados “lúcidos” y también de algunos pastores y laicos que consideran que la vida consagrada ha cavado su propia tumba porque en su esfuerzo por renovarse ha terminado asimilándose al mundo presente. No representa ya ninguna alternativa.

Las cosas no son tan simples, aunque la explicación anterior tiene el apoyo contundente de las estadísticas. Como dijo Albert Einstein, “ningún problema puede resolverse desde el mismo nivel de conciencia que lo creó”. Cabe, pues, otro punto de vista que se aproxima más a lo que san Juan de la Cruz llamó “noche oscura” en el camino espiritual. Todo lo que estamos viviendo -y que hemos analizado *ad nauseam*- ¿no nos está indicando que tal vez no se trata solo de mirar al pasado, de “volver a las

fuentes”, como se decía en los años posteriores al Concilio? ¿No estaremos llamados, más bien, a mirar al futuro, a preguntarle a Dios qué quiere de nosotros, qué significa el desierto o la noche que estamos atravesando, hacia qué “tierra prometida” debemos encaminarnos? En la Biblia, tan importante es el “recuerda Israel” (Is 44,21-22) (es decir, hacer memoria agradecida del pasado), como el “sal de tu tierra y ve a la tierra que yo te mostraré” (Gn 12,1) (o sea, ponerse en marcha hacia un futuro prometido, pero incierto).

En el título de esta reflexión figura la palabra “encrucijada”, que -según el diccionario de la RAE- tiene tres acepciones: 1) lugar en donde se cruzan dos o más calles o caminos; 2) ocasión que se aprovecha para hacer daño a alguien, emboscada, asechanza; 3) situación difícil en que no se sabe qué conducta seguir. Creo que la primera y la tercera cuadran muy bien con lo que hoy estamos viviendo en la Iglesia y en la vida consagrada. Por una parte, ante nosotros se abren varios caminos. No siempre sabemos cuál es el más acertado. Por otra, atravesamos situaciones difíciles en las que no siempre sabemos cómo actuar. En ambos casos, ante una encrucijada, se requiere “discernimiento”. Esta es una de las palabras favoritas del papa Francisco. En 2013, a pocos meses de su elección como papa, el jesuita italiano Antonio Spadaro le hizo una entrevista publicada en *La*

Civiltà Cattolica y en varias revistas de la Compañía de Jesús (entre ellas, en la española *Razón y fe*). A la pregunta sobre qué aspecto de la espiritualidad ignaciana le ayudaba más a vivir su ministerio, el Papa respondió sin dudar:

“El discernimiento. El discernimiento es una de las cosas que Ignacio ha elaborado más interiormente. Para él, es un instrumento de lucha para conocer mejor al Señor y seguirle más de cerca. Me ha impresionado siempre una máxima con la que suele describirse la visión de Ignacio: *Non coerceri a maximo, sed contineri a minimo divinum est*. He reflexionado largamente sobre esta frase por lo que toca al gobierno, a ser superior: no tener límite para lo grande, pero concentrarse en lo pequeño. El discernimiento es una de las cosas que Ignacio ha elaborado más interiormente. Para él, es un instrumento de lucha para conocer mejor al Señor y seguirle más de cerca”.

Si nosotros queremos seguir al Señor “más de cerca” -como señalaba el Concilio Vaticano II al hablar de los consagrados- necesitamos practicar el discernimiento en las encrucijadas que nos ha tocado vivir. Cada una de ellas ofrece un don de gracia que debemos acoger y cultivar, sin olvidar que las encrucijadas son también “ocasión que se aprovecha para hacer daño a alguien, emboscada, asechanza”. El magisterio de la Iglesia nos ha ido acompañando con orientaciones precisas a lo largo de las últimas décadas. Recordaremos algunas. Juan Pablo II,

al comienzo mismo de la exhortación apostólica *Vita Consecrata* (1996), escribía que la vida consagrada “está enraizada profundamente en los ejemplos y enseñanzas de Cristo el Señor, [y] es un don de Dios Padre a su Iglesia por medio del Espíritu” (VC 1).

1. Encrucijadas en la Iglesia

Mirando la actual situación de la Iglesia, veo cuatro encrucijadas principales que el mismo papa Francisco ha ido presentando con diversas palabras durante los casi diez años de su magisterio pastoral.

1.1. Apurar la cristiandad o abrirnos a la posmodernidad

Bastantes párrocos se quejan de que durante la pandemia creció el fenómeno de las iglesias semivacías. Muchos de los que se fueron no han vuelto. Y no hablamos solo de los pertenecientes a la “primera generación incrédula”¹ (por usar la expresión de un libro del teólogo italiano Armando Matteo) -los jóvenes entre 18 y 30 años- de la historia de Europa, sino a los adultos de 40 a 70 años que hace tiempo que se desengancharon de la práctica religiosa². La Iglesia puede centrarse en los

¹ Cf. A. MATTEO, *La prima generazione incredula*, Rubettino 2017.

² Cf. A. MATTEO, *Convertire Peter Pan*, Ancora, Roma 2021.

que todavía continúan con la práctica o preguntarse qué significa esta deserción masiva de bautizados. ¿No estará indicando que el modelo de ser Iglesia según los parámetros de la cristiandad hace décadas (si no siglos) que ya no responde a la situación del hombre contemporáneo? Nos empeñamos en apurar sus tradiciones en vez de explorar nuevos caminos en el contexto de una cultura posmoderna o ultramoderna.

El papa Francisco ha trazado las líneas maestras de esta “conversión pastoral” en sus exhortaciones apostólicas y encíclicas, pero cada vez encuentra más resistencia en muchos pastores y fieles. Tengo la impresión de que no acabamos de hacernos cargo del mundo en el que vivimos, de que todavía pensamos que se trata de hacer algunos pequeños retoques para que todo vuelva a su cauce. Los más extremistas culpan al Vaticano II de lo que consideran la actual deriva de la Iglesia cuando, en realidad, es solo el comienzo de un cambio de paradigma mucho más profundo.

1.2. Seguir el modelo eurocéntrico o abrirnos a la universalidad

La Iglesia fue valiente cuando se atrevió a abrirse al mundo greco-romano y a expresar la novedad de Jesús -surgida en ambiente judío- con nuevos conceptos,

normas y ritos. Aunque la helenización del cristianismo ha sido fuertemente criticada, constituyó un esfuerzo ingente por hacer inteligible el mensaje de Jesús a la cultura dominante en la cuenca del Mediterráneo en los primeros siglos de nuestra era. Es verdad que ha habido desarrollos posteriores, pero el paradigma grecorromano (en el fondo, eurocéntrico) sigue siendo dominante en un momento en el que los cristianos están presentes en otras partes del mundo.

A partir de los años 60 del siglo pasado, la teología de la liberación supuso un esfuerzo notable por expresar el Evangelio en el contexto empobrecido de Latinoamérica, pero su recepción eclesial ha sido tímida y desigual. Por otra parte, la mayor vitalidad cristiana se está dando hoy en Asia y en África. En el primer caso, el cristianismo tiene que dialogar con religiones milenarias muy elaboradas; en el segundo, con religiones tradicionales que marcan el alma africana. Es verdad que ha habido sínodos continentales que han hecho un esfuerzo por repensar el Evangelio en cada contexto, pero han sido insuficientes. ¿Se abrirá la Iglesia a expresar el Evangelio desde nuevas categorías, más acordes con las nuevas culturas? ¿Nos encaminamos hacia una Iglesia verdaderamente multicultural?

1.3. Mantener una Iglesia clerical o tomar en serio la sinodalidad

Desde el año pasado estamos en camino sinodal. Constituye un paso muy significativo en la autocomprensión de la Iglesia en los últimos 150 años. En el Concilio Vaticano I (1870) se puso el acento en el *primado* del Papa, definiendo dogmáticamente su infalibilidad. A partir de entonces la eclesiología se hizo, sobre todo, jerarcología. Casi un siglo después, el Concilio Vaticano II (1965) acentuó la *colegialidad* de los obispos (capítulo III de la constitución *Lumen Gentium*) en el marco de una comprensión de la Iglesia como Pueblo de Dios (capítulo II) en la que también se habla de los laicos (capítulo IV) y de los religiosos (capítulo VI), dos formas de vida diferentes que participan de la universal vocación a la santidad (capítulo V).

Ahora, el Sínodo de 2023 pretende acentuar la *sinodalidad* para hacer ver que todos los bautizados sin excepción estamos llamados a la *comunión*, la *participación* y la *misión*. No se trata de una concesión a la cultura democrática de nuestro tiempo, sino, más bien, de una comprensión más profunda y dinámica de la naturaleza de la Iglesia. *Sinodalidad*, *colegialidad* y *primado* son expresiones diversas de una realidad espiritual (la Iglesia como creación del Espíritu) que es

irreductible a los modelos organizativos humanos, aun cuando se sirva de ellos en su itinerario histórico.

El concepto de sinodalidad se refiere, sobre todo, a la corresponsabilidad y a la participación de todo el Pueblo de Dios en la vida y la misión de la Iglesia (n. 7 del documento de la Comisión Teológica Internacional). Implica -como se desprende de la etimología de la palabra- caminar juntos (*syn-hodos*) para discernir lo que el Señor nos pide a todos los cristianos en este momento de la historia. San Juan Crisóstomo llega a afirmar que “la Iglesia tiene nombre de sínodo”. A partir de Eusebio de Cesarea (siglos III-IV), la palabra “sínodo” se transforma en un término técnico para referirse a las asambleas eclesiales y posteriormente a las asambleas de los obispos, que en el mundo latino se denominarán “concilios”.

La sinodalidad, en definitiva, expresa dinámicamente la idea de una Iglesia comunión en camino en la que todos sus miembros (desde el papa y los obispos hasta el último bautizado) somos discípulos. La novedad de este camino acentúa la importancia de las preguntas y no solo de las respuestas; favorece la acogida de quienes buscan y no solo de quienes ya están; combate el clericalismo y cualquier tentación de ocupar espacios de poder; implica hacernos cargo de la vida de la Iglesia a

la que pertenecemos y asumir la responsabilidad de su animación y gobierno respetando los principios de subsidiariedad, subordinación, colaboración y corrección fraterna. Se trata, en definitiva, de un modo de vivir y de actuar que se caracteriza por caminar todos juntos en la escucha de la Palabra, en la celebración de los sacramentos, en la fraternidad de la comunión y en la corresponsabilidad y participación de todos en la vida y la misión de la Iglesia, de acuerdo a los distintos ministerios y carismas recibidos por cada uno de los bautizados.

¿Se abrirá paso esta visión o haremos solo unos cuantos cambios cosméticos que no cambian en la raíz el modo clerical de ser Iglesia?

1.4. Acentuar los aspectos morales o centrarnos en la alegría del Evangelio

Quizá la encrucijada más radical tiene que ver con la manera de entender el cristianismo. Benedicto XVI abordó la cuestión en la encíclica *Deus caritas est* (2006)³

³ “Hemos creído en el amor de Dios: así puede expresar el cristiano la opción fundamental de su vida. No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva. En su Evangelio, Juan había expresado este acontecimiento con las siguientes palabras: «Tanto amó Dios al mundo, que entregó a su Hijo único, para que todos los

y Francisco le dedicó su primera exhortación apostólica, que constituye como la carta magna de su pontificado: *Evangelii gaudium* (2013). En el número 27 Francisco escribe:

“Sueño con una opción misionera capaz de transformarlo todo, para que las costumbres, los estilos, los horarios, el lenguaje y toda estructura eclesial se convierta en un cauce adecuado para la evangelización del mundo actual más que para la autopreservación. La reforma de estructuras que exige la conversión pastoral sólo puede entenderse en este sentido: procurar que todas ellas se vuelvan más misioneras, que la pastoral ordinaria en todas sus instancias sea más expansiva y abierta, que coloque a los agentes pastorales en constante actitud de salida y favorezca así la respuesta positiva de todos aquellos a quienes Jesús convoca a su amistad”.

Muchos cristianos siguen viendo la fe como una forma de entender la vida (una cosmovisión) y también como un conjunto de preceptos que hay que cumplir, pero no como la experiencia de adhesión a la persona de Jesucristo. En consecuencia, no experimentan el Evangelio como “buena noticia”, como fuente de alegría y de sentido, sino como una barrera que se interpone en

que creen en él tengan vida eterna» (cf. 3, 16). La fe cristiana, poniendo el amor en el centro, ha asumido lo que era el núcleo de la fe de Israel, dándole al mismo tiempo una nueva profundidad y amplitud” (n. 1).

su camino de libertad y felicidad. ¿Seguiremos prisioneros de una visión ideológica y moralista de la fe o tendremos la audacia de abrirnos a la “alegría del Evangelio”, de manera que nuestra preocupación primera no sea la pureza de la fe, sino la acogida de quienes viven en las cunetas de la vida?

De la manera como afrontemos esta encrucijada dependerá la resolución de cuestiones abiertas -y muy polémicas- que tienen que ver con la pastoral de las personas separadas y divorciadas, de las personas homosexuales, de los bautizados no practicantes, de los creyentes de otras religiones, etc.; en definitiva, de quienes no están en regla con las normas de la Iglesia. (De hecho, desde el punto de vista canónico seguimos hablando de situaciones “irregulares”). ¿Es Jesús el salvador de los que siguen las reglas (los puros) o, más bien, de quienes no quieren o no pueden seguirlas? ¿En qué sentido la fe cristiana puede ser un camino de salvación para las muchas personas heridas? La pandemia y la actual amenaza nuclear agudizan todavía más esta pregunta.

2. Encrucijadas en la vida consagrada

También la vida consagrada actual se enfrenta a varias encrucijadas. Según el camino que escojamos, así será nuestro porvenir. Escojo cuatro encrucijadas que considero muy significativas.

2.1. Interpretar el carisma desde el pasado o interpretarlo desde el futuro

Durante los años del posconcilio hemos hecho un enorme esfuerzo por volver al espíritu original de los Fundadores, de releer el carisma y de hacer las adecuadas adaptaciones (cf. decreto *Perfectae caritatis*). Hemos querido ser fieles a la Iglesia, a los fundadores, a las sanas tradiciones y a los signos de los tiempos. La “memoria Jesu” la hemos entendido, sobre todo, como una *fidelidad creativa* a nuestros orígenes carismáticos. Los institutos religiosos han adaptado sus constituciones y directorios, han escrito historias de los fundadores y reflexiones sobre el carisma, etc. Creo que este esfuerzo ha producido muchos frutos. Hoy tenemos una conciencia más nítida de nuestra identidad y un anclaje eclesial más lúcido.

Pero, sin pretenderlo, esta mirada agradecida y crítica al pasado tiene un riesgo. Podemos mitificar a los fundadores, convertirnos en personas nostálgicas de una supuesta “edad dorada” o prisioneros del “síndrome de la

mujer de Lot” (cf. Gn 19,26); es decir, podemos experimentar la tentación de mirar hacia atrás y de lamentar todo lo que tenemos que dejar y que consideramos casi sagrado: casas, obras, provincias, etc.

¿Qué pasaría si, en vez de comparar tanto el presente con el pasado, desplazáramos nuestra mirada al futuro? En realidad, no somos solo “memoria” del Jesús que vivió en la historia, sino del Jesús resucitado que nos atrae desde el final de la historia. Si viéramos así las cosas, la pregunta sería: ¿En qué medida lo que vivimos ahora está preparando un futuro nuevo? ¿Qué tenemos que dejar para que se abra paso el sueño de Dios, una nueva etapa de creatividad en la multiseccular historia de la vida consagrada, siempre en evolución? La vida consagrada debe ser entendida en términos de un futuro anticipado. Tiene un pie adelantado a los tiempos. La misma naturaleza escatológica de la vida consagrada la invita a enraizarse en el futuro. Aquí se abre una perspectiva teológica insuficientemente explorada.

La teoría-U⁴, por su parte, nos proporciona algunas claves para comprender mejor este proceso de transformación. Se trata de un proceso kenótico de *dejar ir* el pasado, el viejo yo, las formas de ver, juzgar y actuar

⁴ Cf. OTTO SCHARMER, *Teoría U: liderar desde el futuro a medida que emerge*, Editorial Eleftheria, Barcelona 2017.

y *dejar venir* un futuro emergente. Su creador, Otto Scharmer, escribe:

“Todos los métodos tradicionales de aprendizaje organizativo funcionan con el mismo modelo de aprendizaje: aprender reflexionando sobre experiencias pasadas. Pero he visto una y otra vez que en las organizaciones reales la mayoría de los líderes se enfrentan a retos a los que no se puede responder simplemente reflexionando sobre el pasado. A veces las experiencias pasadas no son especialmente útiles. A veces son los propios obstáculos que impiden a un equipo mirar una situación con ojos nuevos. En otras palabras, aprender del pasado es necesario, pero no suficiente. Todos los retos perturbadores nos obligan a ir más allá. Nos exigen ir más despacio, detenernos, percibir las grandes fuerzas motrices del cambio, soltar el pasado y dejar que llegue el futuro que quiere surgir”.

2.2. Poner el acento en las obras o en la alternativa de vida

Aunque casi todos los institutos de vida consagrada estamos atravesando por una crisis estadística y de relevancia, las órdenes monásticas tienen una ventaja sobre los institutos apostólicos. Nosotros hemos identificado mucho nuestra misión en la Iglesia con las obras que hacemos: colegios, hospitales, centros sociales, parroquias, etc. Ellas (las órdenes monásticas) acentúan mucho un estilo de vida que se presenta

siempre como alternativa al estilo secular. Nosotros ponemos el acento en la encarnación (con el riesgo de caer en la mundanización); ellas, en la dimensión contemplativa y escatológica (con el riesgo de un cierto espiritualismo).

Es verdad que todas las formas tienen sus ángeles y demonios, pero es indudable que las formas apostólicas están más expuestas a los vaivenes de los tiempos, precisamente por su fuerte encarnación en las realidades seculares. Lo que hace un par de siglos se presentaba como una emergencia social hoy es cubierto por el estado o por muchos laicos comprometidos. La vida contemplativa, al no estar tan ligada a obras de apostolado, pone de relieve dimensiones perennes como la búsqueda de Dios, la armonía personal y comunitaria, etc.

Aquí se abre una encrucijada difícil. ¿Para qué existimos en la Iglesia? ¿Nuestra misión consiste en realizar obras especializadas (como si fuéramos una especie de caballería ligera eclesial) o, más bien, en mostrar un estilo de vida alternativo y, hasta cierto punto, paradójico? La constitución *Lumen Gentium* afirmaba que “el estado religioso, por librar mejor a sus seguidores de las preocupaciones terrenas, cumple también mejor, sea la función de manifestar ante todos los fieles que los

bienes celestiales se hallan ya presentes en este mundo, sea la de testimoniar la vida nueva y eterna conquistada por la redención de Cristo, sea la de prefigurar la futura resurrección y la gloria del reino celestial” (LG 44).

Es verdad que no podemos desgajar la tríada consagración-comunión-misión, pero es peligroso reducir la misión a un apostolado específico que puede estar muy condicionado por las necesidades sociales y eclesiales de un momento histórico y, por tanto, morir con él.

Hablando más concretamente del campo de la educación: ¿Cuál es la diferencia entre una profesora seglar que entiende su profesión como una vocación de servicio y una religiosa concepcionista? El estilo de vida marca la diferencia.

2.3. Poner el propio instituto en el centro o abrirnos a la eclesialidad

Se dice que hoy estamos viviendo un momento histórico caracterizado por la cultura “inter”: internacional, intercultural, interétnica, intercongregacional, interconfesional, interreligiosa, etc. Quizá durante mucho tiempo hemos puesto el acento en la propia identidad carismática, entendiendo esta como aquello que nos distinguía de los demás. En tiempos de “abundancia eclesiológica”, era comprensible esta actitud

un tanto autorreferencial. Hoy, en el marco de una Iglesia sinodal, no se entiende. Existimos en la Iglesia y al servicio de la misión de la Iglesia. Los institutos que se cierran en sí mismos perderán su razón de ser. Los que sean capaces de entrar decididamente en el cauce eclesial y se relacionen sanamente con las demás formas de vida, comprenderán mejor para qué existen y cómo pueden contribuir a la edificación de la Iglesia.

El camino sinodal que estamos siguiendo estos años es una oportunidad para abrirnos a la eclesialidad. Uno de los frutos que suele percibirse en los países donde la Iglesia católica es una minoría es la relación cordial y la colaboración fraterna entre los diversos institutos de vida consagrada, los pastores y los laicos. La fragilidad institucional que hoy vivimos en Europa es una “encrucijada de gracia” para relacionarnos más, aprender unos de otros y afrontar juntos los desafíos de la misión. Esto exige un cambio de paradigma para el que no siempre estamos preparados psicológica y espiritualmente. No se trata de defender a capa y espada los derechos y obras de *mi* instituto, sino de ver cómo podemos contribuir a una misión que nos desborda -¡es la “missio Dei”!- y que exige la colaboración de todos.

2.4. Estar a la defensiva o irradiar alegría

El pasado jueves 6 de octubre, en el marco de los jueves del ITVR de Madrid, el profesor Miguel García Baró -filósofo, padre de siete hijos y coordinador del proyecto “Repara” para prevención de abusos y atención a las víctimas de abusos en la diócesis de Madrid- habló sobre lo que, en su opinión, dice la gente acerca de los consagrados. Quizás debido a su responsabilidad actual, cargó las tintas sobre las opiniones negativas. A menudo nos ven como personas reprimidas, autoritarias, incoherentes, abusadoras, etc. A la hora de hablar de su opinión personal, dijo:

“Tengo que insistir en la cuestión de la felicidad. No se debería meter en un convento a nadie que no haya sido feliz fuera. Los conventos y monasterios no son lugares en donde se venga a lamer las heridas. Habría que tener más cuidado con quienes solicitan entrar. Quiero decir, precisamos que la vida religiosa arraigue en la realidad”.

Creo que este arraigo en la realidad nos libera de una actitud que es muy común entre los consagrados y que se caracteriza por estar a la defensiva. Nos sentimos criticados por los casos de abusos de conciencia, de poder y sexuales, acusamos el peso de la ridiculización y la irrelevancia, etc. A veces no se nos ocurre otra cosa que reaccionar como los niños: “Y tú más”. Una vida religiosa

a la defensiva no es atractiva para nadie. Como decía el profesor García Baró, “la gente busca fuentes de sentido”. Si nosotros pudiéramos compartir con sencillez nuestra experiencia de encuentro con Jesucristo, “atraeríamos a la gente como la miel a las moscas”.

Quizá uno de los rasgos que hace de la vida consagrada un estilo de vida alternativo sea su capacidad de irradiar felicidad y alegría. La irradiación es el nuevo nombre de la misión. Un rostro iluminado remite a la luz. Una sonrisa habla de felicidad. Una comunidad unida testimonia la fraternidad. Una misión compartida provoca credibilidad.

¿Es posible que las comunidades de vida consagrada, formadas mayoritariamente por personas mayores, y a veces enfermas, irradien alegría? Sí, es posible, con tal de que nos abrevemos en las fuentes de la alegría. La alegría es un don del Espíritu Santo. En 2014, la CIVCSVA, nos dirigió una carta circular a los consagrados que llevaba por título “Alegraos”. Se abría con unas palabras del papa Francisco: “Donde están los consagrados, siempre hay alegría”. Y luego citaba unas palabras del número de *Evangelii gaudium*: “La alegría del Evangelio llena el corazón y la vida entera de los que se encuentran con Jesús. Con Jesucristo siempre nace y renace la alegría”.

Conclusión

Si nos consideramos los últimos representantes de un estilo de vida que va a desaparecer, entonces adoptamos la moral del “enterrador”. Si, por el contrario, creemos que estamos en un período de transición o que somos los primeros de un nuevo modelo que se está gestando, entonces percibimos nuestra vocación de “parteros”. Nuestra preocupación no será tanto liquidar el pasado cuanto preparar el futuro. Los problemas son los mismos, pero la actitud personal y colectiva hace que los afrontemos de maneras muy diversas.

Gracias a Dios, lo que sorprende -y hasta escandaliza- a algunos es que los consagrados, a la vista de los números, no mostramos una moral de derrota, sino de serenidad, trabajo callado y esperanza. Lo que algunos tachan de actitud ilusa y de falta de responsabilidad, quizás nace de la fuerte convicción de que Dios sabe guiar la historia y darnos lo que nos conviene en cada momento. Si hoy permite la escasez y hasta la irrelevancia, quizás es porque prepara para su Iglesia una nueva estación de vida, porque quiere llevarnos a una nueva “tierra prometida”. A nosotros nos toca confiar con humildad e irradiar esta confianza, conscientes de que “si el Señor no construye la casa, en vano se cansan los albañiles” (Sal 126,2).

